

# DOCUMENTO ESPECIAL

*La siguiente ponencia fue presentada en la Jornada de la Paz realizada en la arquidiócesis de San Salvador en el mes de enero de 1983. El tema de la jornada fue el mensaje de Su Santidad Juan Pablo II, "El diálogo por la paz, una urgencia para nuestro tiempo". Hubo varias ponencias, pero aquí reproducimos la de Mons. Gerardo Flores, obispo de Verapaz (Guatemala) que, a nuestro juicio, mejor refleja la realidad nacional y eclesial.*

## LA IGLESIA LATINOAMERICANA EN LA SITUACION ACTUAL

### I. Introducción

a) Al iniciar esta sencilla presentación, en el marco de la celebración de la Jornada de la Paz bajo el lema: "El diálogo por la paz, una urgencia de nuestro tiempo", permítanme evocar emocionado y reverente a una de las figuras más señeras de la Iglesia latinoamericana de nuestro tiempo. Me refiero al mártir insigne de esta Iglesia salvadoreña, Monseñor Oscar Arnulfo Romero.

b) Su figura —ubicada en sus justas dimensiones— es tal vez la mejor expresión de lo que es la Iglesia hoy en América Latina. Digo que a Mons. Romero se le tiene que tratar de ubicar en sus justas dimensiones, y éste esfuerzo sólo se logrará cuando se hayan acallado las pasiones suscitadas en torno a su figura evangélica y cuando haya pasado el período en que se ha querido manipularlo y utilizarlo para fines políticos y partidistas, tan ajenos a su misión profundamente evangélica y sobrenatural.

### II. PROPOSICION

Yo quisiera exponer en esta charla mi visión de la Iglesia latinoamericana en la situación actual, tratando de hacer un paralelismo con la vida y la actuación de Mons. Romero, con su pasión y muerte y su presencia real y sensible en el caminar del pueblo de Dios en nuestra América Central.

### III. DIVISION

No se puede entender la actitud de la Iglesia en el momento actual, si no se tiene en cuenta todo el recorrido que ha realizado en los últimos veinte o treinta años. No hemos llegado a lo que somos ahora, sin todo un camino arduo, difícil,

lleno de titubeos y de ilusiones, de éxitos y fracasos, de gozos y sufrimientos. Por eso, me permito proponer para éste trabajo, cuatro pequeños capítulos que tratarían de echar una mirada retrospectiva a nuestro caminar como Iglesia latinoamericana en los últimos años.

Veríamos primero lo que me gusta llamar "los años buenos" antes del Concilio. En segundo lugar, todo lo que significó el Concilio como ventanas abiertas, mirada introspectiva de la Iglesia y que, en nuestro continente, se hace concreto en esa palabra clave para entender a la Iglesia en América Latina: Medellín. Veríamos después muy rápidamente y en forma necesariamente simplista todos esos años de elaboración, de idealismo y de tanteos; el notable magisterio de las conferencias de los episcopados latinoamericanos que desemboca en Puebla, que significa, a pesar de tantas circunstancias adversas, un paso adelante. Pero tendremos que ver también todos estos años más cercanos de muerte, de sufrimientos increíbles, de persecución y de lucha interna, para terminar con una mirada llena de fe, que nos hace ver toda la fuerza de resurrección que hay en nuestra Iglesia hoy.

Decía que necesariamente, dada mi capacidad y las dimensiones de este trabajo, mi presentación adolecerá de cierto simplismo y, si se quiere, reduccionismo. No es el análisis de un experto, sino la visión de un obispo al que le ha tocado en suerte vivir las vicisitudes de estos años llenos de esfuerzos, ilusiones y sufrimientos.

Para preparar esta exposición necesariamente tuve que dedicarme a releer muchos de los documentos de las conferencias episcopales emanados durante todos estos años y, de una manera especial, me enfraqué en la lectura reverente y apasionada de las homilias, cartas pastorales y otros documentos de Mons. Romero. Espero que, a lo largo de estas palabras, se note el influjo de todo lo que he podido leer, aunque naturalmente no les cansaré con excesivas citas. Más bien

he tratado de descubrir los puntos centrales y los énfasis en todo este rico magisterio de la Iglesia latinoamericana.

#### IV. EXPOSICION

##### 1) Los "años buenos" antes del Concilio

a) Conocí a Mons. Romero allá por el año de 1946, cuando él apenas regresaba recién ordenado de Roma y yo iniciaba mis estudios de teología en el Seminario de San José de la Montaña. Lo conocí a través de la común amistad con el padre Valentín Arrieta Gallegos, que a un grupo de jóvenes seminaristas y tres sacerdotes nos impulsaba en busca de un alto ideal. Después seguí con cierto interés su actividad y con frecuencia sabía de él. ¿Quién puede decir que en ese tiempo Monseñor haya sido un sacerdote indolente, encerrado, insensible a los problemas del pueblo? Se le conocía como un sacerdote muy comprometido, muy celoso y trabajador. Dentro de su tesitura más bien tímida, introvertida y silenciosa, el joven sacerdote de entonces realizó un trabajo intenso y que todos han reconocido. Lo mismo fue durante sus años como secretario del SEDAC, donde prestó un servicio inapreciable por su entrega, capacidad y responsabilidad. Más tarde, al ser nombrado obispo auxiliar y después obispo de Santiago de María, mantuvo esa línea de fidelidad dentro de una actitud reservada, desplegando una actividad que podríamos llamar normal, sin demasiados brillos, pero reveladora de una profunda vida interior y de una entrega auténtica a su misión de pastor.

b) Decía que me parecía descubrir en la vida de Mons. Romero una especie de paralelo con la vida de la Iglesia antes del concilio. Es fácil decir ahora que entonces la Iglesia estaba dormida. Sin embargo, una aseveración de esta clase no soporta la más leve mirada crítica e histórica. Nadie puede negar, por ejemplo, el influjo grande y la vitalidad que recorre toda la Iglesia durante el pontificado luminoso de Pío XII. Su amplio magisterio tocó prácticamente todos los puntos de la problemática humana y dentro de sus numerosas encíclicas hay algunas que tienen una trascendencia insospechada para la vida de la Iglesia. Pienso, por ejemplo, en la notable encíclica *Mystici Corporis*, que abre el camino para toda la reflexión conciliar que desemboca en el *Lumen Gentium*. Es una Iglesia que responde a una época diversa de la nuestra. No cabe duda. Pero a la que no podemos acusar de ser menos fiel que la Iglesia en la época presente al Evangelio y a la misión que le ha sido confiada. Hay, durante esta época en nuestra América Latina, un esfuerzo universal para lograr el aumento del clero nacional y extranjero, para incentivar la acción educadora de la Iglesia. Surgen por doquiera los movimientos de Acción Católica y sus diversas especializaciones y, a la pastoral tradicional de seguimiento y de culto, se añaden con bastante frecuencia los grandes acontecimientos como congresos eucarísticos y marianos y otras manifestaciones multitudinarias de fe, a las cuales ahora con facilidad llamamos o tildamos de "triumfalismo", pero que responden a una sentida necesidad humana.

c) Ciertamente, echando una mirada a aquellos tiempos, se resiente la falta de una pastoral social, en el sentido que ahora la entendemos. Lo social, en efecto, más se toma como una acción social, como asistencia a las graves necesidades de las clases marginadas y como organización elitista de cuadros dirigentes. Es entonces cuando vemos surgir los sindicatos cristianos, los movimientos especializados como la JOC, y tantos otros de este estilo. La formación del clero, en términos generales, es más teórica y europeizante y, ciertamente, no se da la debida atención a zonas que después vendrán a ser

de primera importancia, como la formación social o sociología y la liturgia. Inclusive lo que entonces se llamaba pastoral, respondía más bien a trámites y formulismos de oficina curial o parroquial.

Eran "años buenos" en los que podíamos trabajar con cierta tranquilidad y seguridad, sin tensiones demasiado agudas y sin rupturas internas demasiado sensibles. Algunos acontecimientos eclesiales nos cuestionaban y exigían cambios de actitud. Recuerdo, para citar un ejemplo escogido al azar, el impacto que causó en nuestra América Latina el Movimiento por un Mundo Mejor del padre Lombardi con todo un nuevo planteamiento basado en el redescubrimiento del amor, como centro y motor de la Iglesia.

Yo opino, recordando todo esto, que la acusación que con demasiada facilidad se ha hecho de que la Iglesia estaba dormida o ausente de su compromiso con el mundo, no es totalmente exacta.

2) Se usó mucho durante el pontificado, breve pero enormemente eficaz de Juan XXIII, eso de "ventanas abiertas". Y es que un nuevo aire penetró por toda la Santa Iglesia y aconteció un hecho que vino a renovar su faz: El Concilio Euménico Vaticano II. Yo no sé que piensen los historiadores, pero me imagino que, cuando dentro de algunos milenios se escriba la historia de la Iglesia, se dividirá en épocas tales como de Cristo a Constantino, de Constantino al Concilio Vaticano II y del Concilio Vaticano II a quien sabe que otro gran acontecimiento de esos que marcan un rumbo definitivo en la Iglesia. Un hecho de tan singulares características y que está llamado a dejar una impronta indeleble en el caminar de la Iglesia, necesariamente va logrando su objetivo en forma lenta y no carente de crisis y dificultades. La Iglesia latinoamericana no se pone inmediatamente en la "onda" del Concilio. Va más bien haciendo un esfuerzo que fructifica en Medellín, que se convierte en una palabra clave para entender todo lo que había de venir después. Porque Medellín, o sea la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, es ante todo un punto de partida.

a) Mons. Romero es un obispo post-conciliar. Elegido para ocupar un puesto en el colegio episcopal en 1967, transcurre sus primeros años de episcopado, ya como obispo auxiliar del admirable Mons. Chávez y González, ya como obispo diocesano de Santiago de María, sin emerger como una figura destacada del post-concilio. Sin embargo, tiene en sí toda una fase doctrinal y sobre todo una espiritualidad tan profunda que le hace estar abierto al Espíritu con los ojos llenos de fe y, cuando es elegido para ocupar la sede arzobispal de San Salvador, ve con claridad cuál es el papel que le toca desempeñar y lo cumple a cabalidad, ante la incredulidad de quienes lo considerábamos demasiado apocado y conservador, y ante la frustración de quienes habían pensado que sería un obispo "buenito" y manejable.

b) Algo semejante sucede en la Iglesia latinoamericana. El Concilio no provoca reacciones inmediatas, ni actitudes nuevas en general. Lentamente, sin embargo, el Espíritu va guiando a esta Iglesia que, al ahondar sobre los grandes temas conciliares, empieza a sentir la urgencia de tomar una decisión y una opción fundamental. Se piensa en la celebración de la Segunda Conferencia General del Episcopado y, con una lentitud que causa molestias, la Iglesia latinoamericana se prepara a este acontecimiento trascendental. Hay algunos nombres que señalan los hitos de este camino: Mar de Plata, que programa el camino a seguir; Itapoa, donde se elabora el documento básico para la dimensión social de Medellín; Melgar, que abre las nuevas perspectivas al trabajo evangelizador, y, por supuesto, Medellín, que se convierte en el punto de confluencia de toda una reflexión en la Iglesia de América

Latina. Se convierte sobre todo en un punto de partida de donde sale la Iglesia latinoamericana a vivir una de las fases más apasionantes de su historia.

3) a) El 8 de febrero de 1977, fue nombrado arzobispo de San Salvador Mons. Oscar Arnulfo Romero. Toma posesión el 20 del mismo mes y encuentra una nación que vive ya una clara situación de represión y una no menos clara persecución a los sectores más comprometidos de la Iglesia salvadoreña. Pocos días más tarde, el 12 de marzo, es asesinado el Padre Rutilio Grande juntamente con el señor Manuel Solórzano y el joven Nelson Rutilio Lemus. Señalo este hecho porque, sin duda alguna, marca un momento importante en la vida y en la actuación de Mons. Romero. Su encuentro con los cadáveres de estos mártires significa un encuentro con el sufrimiento de todo un pueblo y es la llamada de Dios para que ese hombre bueno, espiritual y con gran celo apostólico, descubra la vocación a la que el Señor le llama, de convertirse en el guía admirable, equilibrado, sereno y apasionado de su pueblo en momentos tan difíciles y tan confusos.

Comienzan entonces los que me atrevo a llamar los tres años magistrales de Mons. Romero. Uso esta palabra "magistral" en su sentido más exacto: son años en los que Mons. Romero con su palabra, con su vida y con su muerte, se convierte en un maestro de la Iglesia latinoamericana y universal.

b) Después de Medellín, hasta donde llega el clamor, "el sordo clamor de un pueblo que ya no soporta más", la Iglesia latinoamericana inicia un gran esfuerzo en su pastoral, en su profetismo, en su magisterio. Surge la elaboración teológica que, partiendo del estudio analítico de la realidad, iluminado con la palabra de Dios, descubre todo un nuevo camino a recorrer y señala una inserción mucho más vital de la Iglesia en la grave problemática de América Latina. Aparece todo ese caudal de reflexión teológica, que se conoce con el nombre de teología de la liberación, dentro del cual hay algunas corrientes demasiado ideologizadas y desviacionistas, pero no lo suficientemente fuertes y representativas como para opacar y desvirtuar la solidez y la fidelidad evangélica de sus mejores exponentes. La Iglesia empieza a ponerse en una actitud de reflexión sincera, a mirarse a sí misma, a examinar su actitud ante los sufrimientos, las esperanzas y las luchas del pueblo y a buscar nuevas formas de estar presente en los actuales cambios de América Latina. Es una Iglesia que estudia —se multiplican las jornadas de estudios a todos los niveles, desde obispos hasta laicos— se experimenta, se acierta y también se cometen graves equivocaciones y surgen no pequeñas desviaciones ideológicas que provocan reacciones contrarias y violentas. Pero sobre todo es interesante en este momento descubrir la lenta, titubeante y progresiva estructuración del pueblo de Dios, que se siente llamado a desarrollar un papel protagónico dentro de la Iglesia y dentro de la comunidad humana. Tal vez lo más rico de todo este momento en la historia de la Iglesia latinoamericana, sea la interacción que se genera entre pueblo y jerarquía: los obispos, los agentes de pastoral consagrados, en líneas generales, logran un mayor contacto con el pueblo y conocen mucho más de cerca las angustias y realidades en que éste vive, descubriendo al mismo tiempo los inmensos valores que lo sostienen. ¡Cuántas veces —y de esto tenemos experiencias muy válidas todos los que hemos intentado este acercamiento a nuestro pueblo—, hemos llegado con ánimos de enseñar y hemos resultado siendo discípulos y aprendiendo de la gran sabiduría y de la profundidad espiritual que hay en nuestro pueblo creyente! Nuestras comunidades eclesiales de base se convirtieron entonces en verdaderos focos de evangelización y de vivencia de lo fundamental cristiano. Un nuevo espíritu recorre todo lo largo y ancho de la Iglesia latinoamericana y por todas partes surgen los centros

de formación para dirigentes de los movimientos apostólicos de nuevo cuño, que propician una acción pastoral más integral y se crea una nueva conciencia de Iglesia: todos somos Iglesia. Son años de un apasionado esfuerzo pastoral, años de gran elaboración, de realización y de esperanzadora vivencia cristiana.

c) Es impresionante releer algunos de los innumerables documentos emanados de obispos en particular o de conferencias episcopales o de grupos regionales de obispos en las naciones más grandes, porque en todos ellos se descubren unas características muy similares de las cuales me atrevería a señalar las siguientes:

—Todas resumen un profundo espíritu de fe y una clara conciencia de la misión iluminadora de la Iglesia. Los obispos hablan, no como expertos, ni sociólogos ni politólogos, sino como maestros y testigos de la verdad.

—Un conocimiento más científico de la realidad, de los graves problemas que aquejan a los pueblos y de las raíces profundas de esta situación.

—Una apasionada defensa de la persona humana, con sus derechos inalienables y sus graves responsabilidades.

—Una condena clara a la violencia institucionalizada, que campea por todo lo largo y ancho del continente latinoamericano. Es frecuente y clara la denuncia de especiales situaciones de injusticia, de los graves crímenes cometidos por las fuerzas represivas y opresoras, de la irracional carrera armamentista y de la insaciable voracidad de quienes acaparan la riqueza y el poder. Continuamente se hace una llamada a utilizar formas no violentas para conseguir la erradicación de estas lacras. Jamás documento episcopal alguno incita a la violencia, a la lucha fratricida ni a la subversión.

—Finalmente en todos los documentos encontramos un anuncio explícito de la redención, plétórica de esperanza, y una invitación a la conversión personal y comunitaria, como el camino más adecuado para cambiar las estructuras injustas.

Esta época de luminoso magisterio episcopal en América Latina desemboca en el otro gran acontecimiento, la Tercera Conferencia General del Episcopado, celebrada en Puebla en febrero de 1979, que merece la presencia por primera vez del papa Juan Pablo II en nuestro continente americano y quien señala en su discurso inaugural con claridad meridiana los caminos que debe recorrer la Iglesia en nuestro continente.

#### 4) Muerte y resurrección

a) La reacción de quienes detentan el poder y la riqueza no se hace esperar. Pronto han comenzado la represión y la persecución. Son muchos los que caen. Así también en la vida de Mons. Romero se llega a lo que podríamos llamar los "días de pasión", que culminan el 24 de marzo de 1980 a las 6:30 de la tarde, cuando en el ofertorio de su misa, ofrece, junto con el pan y el vino, su vida de apóstol, de profeta y de testigo, que eso quiere decir "mártir".

b) La Iglesia latinoamericana se encuentra en una situación que hace crisis. Sufre una doble agresión: una interna, porque la aparente unidad monolítica del pasado se quiebra en diversas formas. Hay quienes quisieran permanecer aferrados a un pasado histórico, creyendo que su fidelidad al mensaje de Cristo es fidelidad a normas y a actitudes trasnochadas. Otros quisieran ir mucho más rápido que lo que camina el pueblo de Dios; se lanzan a aventuras poco reflexivas y, en su afán de cambiar todo en poco tiempo, pierden la brújula y se desvían del camino recto. La Iglesia ha sufrido el alejamiento y la pérdida de muchos de sus hijos.

Sufre también una agresión externa, que va de la diatriba

a la calumnia y a la persecución más violenta y criminal. Esto hace que la Iglesia se embellezca con la palma del martirio. Diversos países de nuestra América Latina ofrecen a Dios la sangre de sus mártires y, en muchos lugares, se llega a una situación de catácumbas. No es menos violenta la agresiva embestida de innumerables sectas protestantes.

c) Mons. Romero dijo pocos días antes de su martirio: "Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño". Creo que no es necesario enfatizar lo profético de sus palabras porque cada día que pasa, su figura se agiganta y su enseñanza, su predicación, su mensaje evangélico y profundo se hace vida en el esfuerzo evangelizador de su pueblo. Es la semilla caída en tierra y muerta, que empieza a dar frutos.

Lo mismo siento que sucede en toda la Iglesia latinoamericana: ella sufre, muere y resucita con su pueblo. Como antaño, los perseguidores desaparecen en el basurero de la historia y la Iglesia sigue esforzándose por animar, iluminar, guiar y defender a su pueblo. Pienso que ahora hay en grandes sectores de la Iglesia, mayor serenidad en la misión, menos inmediatismo, más solidez en la doctrina y más claridad en las metas a alcanzar. Nuestras organizaciones son menos explosivas, pero tal vez más eficaces y nuestros pueblos han dado una muestra de lo que la palabra de Dios encarnada y vivida puede producir, como efectos de conversión y de vida, en medio de una sociedad que adora a la muerte y a la destrucción.

## V. CONCLUSIONES

1) Esta visión panorámica, que a algunos parecerá demasiado optimista, ingenua y ciertamente simplista y hasta superficial, no desconoce, sin embargo:

- a) Las grandes fallas internas de la Iglesia latinoamericana, su gran dificultad para lograr una unidad interior verdaderamente significativa, ni las fuerzas que tratan de desviar la línea descubierta en el Concilio y traducida o concretizada para nosotros en Medellín. Tampoco ignora todo lo que ha significado de ruptura en su seno la pérdida de numerosos grupos de cristianos que, pertenecientes a las clases media alta y alta, se han sentido como abandonados por la Iglesia, al tomar ésta una actitud diversa y para muchos inexplicable. Otros han roto completamente con la Iglesia porque la sienten demasiado apegada a las estructuras, tímida en sus planteamientos, demasiado jerarquizada y no suficientemente comprometida con los movimientos revolucionarios, que buscan un cambio de estructuras violento y definitivo. Todo esto ha debilitado en parte a la Iglesia, si nos atenemos a los números, pero al mismo tiempo la ha fortalecido y, sobre todo, la ha purificado.
- b) No ignora tampoco los grandes obstáculos externos que la Iglesia ha encontrado y sigue encontrando en su peregrinar aquí en América Latina. Me refiero de una

manera especial al endurecimiento de quienes han sentido amenaza alguna en sus intereses y en sus privilegios por la enseñanza social de la Iglesia y por las perspectivas que en tantos ha abierto la defensa apasionada de los derechos humanos. Sin duda alguna, el monstruo de siete cabezas con el que la Iglesia Latinoamericana se tendrá que enfrentar con más decisión en los próximos años, será la ideología de la seguridad nacional, que absolutizando el concepto de Estado e identificándolo con el de ejército, pretende dominar todo y llegar con sus tentáculos a todos los aspectos de la vida de todos los habitantes de un país.

- c) Esta visión de la Iglesia latinoamericana tampoco quisiera desconocer los grandes desafíos que la misma tiene en el momento actual: ser servidora de los pueblos de América Latina, ayudándoles a descubrir sus caminos, sin pretender señalar opciones políticas concretas; permanecer fiel al Evangelio de Cristo y al hombre latinoamericano, sin desviaciones ideológicas, ni reaccionarias ni populistas. Mantener viva la llama de la esperanza, en medio de una situación caótica y desesperante. Lograr unidad y cohesión interiores, mientras todo habla de dispersión y de ruptura.

2) No podemos olvidar que hay un dato muy importante: la Iglesia latinoamericana ha hecho en Puebla una opción preferencial por los pobres. Esto le da una fisonomía especial y le señala una línea pastoral muy clara, que tiene que concretizar en hecho y actitudes, si no se quiere que todo quede en una bella y lírica declaración doctrinal.

3) La Iglesia también en Puebla reconoce que su acción pastoral quedará necesariamente incompleta e ineficaz si no organiza, estructura y coordina la dimensión social, o sea eso que se llama la tercera vertiente de una única pastoral. Y éste es un logro del Concilio. Anteriormente se pensaba que se estaba haciendo un buen trabajo pastoral cuando se realizaba la acción litúrgica y se enseñaban verdades de la fe, descuidando al mismo tiempo todos los aspectos sociales de la misma. Hoy comprendemos que si falta esta tercera vertiente, lo demás pierde credibilidad y eficacia salvífica.

4) Ante la gravedad de la situación actual, la Iglesia latinoamericana ofrece su iluminación doctrinal, su experiencia en humanidad, su fuerza sociológica; pero al mismo tiempo reconoce sus limitaciones y es realista en sus metas. Está abierta al diálogo y confía en poder ayudar a construir una América Latina mejor, aunque jamás olvida que su misión trasciende estas realidades temporales. No es angelista, tampoco achatada u horizontalista.

5) Se trata, en conclusión, de una Iglesia que quiere ser pobre, servidora, comprometida con los pobres, serena en la lucha, porque sabe de donde le viene su fortaleza, a QUIEN sirve y cuál es su meta.

Cobán, A.V., 8 de enero de 1983  
Mons. Gerardo Flores,  
Obispo de Verapaz